

bles herejías cuantas audacias no previó Wagner. Los antiwagneristas fosilizaron sus facultades comprensivas al llegar á Beethoven, ó á Meyerbeer, ó á Rossini... ó á Calleja y Lleó. Los wagneristas fosilizaron sus facultades comprensivas al llegar al creador de *Parsifal*.

Ni Beethoven ni Wagner dijeron la última palabra en el lenguaje musical, siempre renovado, porque para el arte no existen vallas coercitivas que detengan su evolución.

Y el arte de los sonidos, soberanamente perfecto, para muchos, gracias á Wagner, ahora tiene un cultivador apasionado, Claude Debussy, que muestra con sus obras cuan retrógrada, cuan ingenua, cuan sencilla, es la música llamada *del porvenir* en el pasado. Debussy tiene por lema una frase que es un credo y que, para los teorizantes de toda tradición artística, vale por un credo ácrata, demoleedor, radicalísimo. Lean el lema: «*Après Wagner, mais non d'après Wagner*», es decir, traduciendo al castellano: «*después de Wagner, pero no según Wagner*».

Debussy es el jefe de escuela del impresionismo musical. ¡El Impresionismo! Gran pecado de los heresiarcas en arte. Mas la herejía logra prosélitos gracias á los heresiarcas; gracias á los poetas que se llaman Verlaine y escriben *Poésies galantes*, que se llaman Rodenbach y escriben *Le regne du silence*; gracias á los pintores y á los escultores que invaden el *Salón* de París y venden sus producciones á las mejores pinacotecas; gracias, también, á los músicos que logran estrenar en las salas de conciertos y hacer sentir al auditorio refinado, exquisito, profundamente inteligente.

Catalogaciones propias de arqueólogo ó de archivero, pero necesarias para seguir el desenvolvimiento estético de la creación artística, nos hablan del clasicismo de antes de ayer, del romanticismo de ayer, del impresionismo de hoy. De cada uno de ellos surge una estética.

La estética impresionista tiende á dar tan solo la impresión momentánea. En ella, el pensamiento queda excluido ó relegado á un segundo término y subordinado á la sensación estética, con lo que la impresión adquiere la imprecisión propia de lo vivaz y fugitivo.

La música satisface más internamente y de una manera más natural que las demás artes la estética impresionista porque los sonidos—elementos constituyentes del contenido musical—son, por naturaleza, vagos, inconcretos y tan incapaces de expresar pensamientos como artos para producir sensaciones.

Debussy, jefe de la escuela musical impresionista, radical por temperamento, revolucionario por espíritu, representa en la historia de la música una viril y enérgica reacción contra la escuela wagnerista, que parecía entronizarse con un carácter conservador y eminentemente pasivo.

Mirando brevemente la evolución sinfónica de estos dos últimos siglos, pueden señalarse tres periodos á partir del momento en que la melodía triunfa sobre el contrapunto: 1.º el de la melodía definida y desenvuelta con sujeción á una estructura métrica, (Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, etc.) 2.º el de la melodía ya no definida, sino infinita y desenvuelta con sujeción á una estructura ya no métrica, sino temática (Wagner y casi todos los compositores modernos), 3.º el de la impresión armónica y la composición amorfa, es decir, ni métrica ni temática, (Debussy).